



**Fin a más de 20 años de
gobierno del MAS y a la figura
de Evo Morales**

La gaceta

Iquique

20 de octubre 2025
\$350



**Victoria de Rodrigo Paz: Un nuevo
escenario para la región?**

Editorial: Bolivia: entre la crisis y la oportunidad

Con la victoria de Rodrigo Paz, Bolivia pone fin a más de veinte años de hegemonía del Movimiento al Socialismo (MAS) y al predominio político de Evo Morales. El resultado no solo marca un cambio electoral, sino el cierre de un ciclo histórico: el de un modelo que combinó redistribución social, nacionalismo económico y fuerte liderazgo personalista. La transición, sin embargo, no se anuncia tranquila.

Del auge al desgaste

Cuando Evo Morales llegó al poder en 2006, Bolivia experimentó una transformación sin precedentes. Las nacionalizaciones de los recursos naturales, la expansión de los programas sociales y la inclusión de sectores indígenas y rurales cambiaron el rostro del país. Durante varios años, el crecimiento económico y la reducción de la pobreza consolidaron al MAS como símbolo de estabilidad.

Pero el éxito inicial se transformó en desgaste. Las empresas estatales crecieron más rápido que su eficiencia, los subsidios se multiplicaron y la concentración del poder derivó en prácticas clientelares y corrupción. El modelo, sostenido por la bonanza gasífera, no logró diversificar la economía. Cuando los precios internacionales cayeron, el sistema comenzó a resentirse.

La división entre las facciones “evista” y “arceísta” debilitó aún más al partido, abriendo grietas que terminaron por quebrar su continuidad. El MAS, que alguna vez representó la unidad del movimiento popular, llega a su fin político fragmentado y con una sociedad polarizada entre lealtades históricas y demandas de renovación.

Fractura y desconfianza

Bolivia vive hoy una transición incierta. Rodrigo Paz asume la presidencia con la promesa de reconciliar al país, pero enfrenta un panorama fragmentado: una oposición dividida, un MAS en retirada pero con fuerte base territorial y una ciudadanía que ha perdido confianza en la clase política.

El nuevo gobierno deberá lidiar con un Congreso dividido y con sectores sociales acostumbrados a negociar en las calles. En el altiplano, el descontento se mezcla con la nostalgia del poder perdido; en las ciudades, predomina el temor a un estallido económico. Bolivia, en definitiva, entra en un ciclo donde el cambio político no necesariamente traerá estabilidad.

Sin dólares, sin combustibles, sin respiro

El mayor desafío del país es económico. Las reservas internacionales se encuentran en niveles críticos, lo que ha provocado una escasez aguda de dólares. Este fenómeno afecta la importación de insumos, eleva los precios y genera un mercado paralelo donde la divisa estadounidense se negocia a valores muy superiores al oficial.

A ello se suma la crisis del combustible. Las filas en los surtidores se han vuelto parte del paisaje cotidiano, los cortes de transporte paralizan regiones enteras y la falta de diésel afecta la producción agrícola y minera. Los subsidios, que durante años fueron la base del modelo social, hoy se vuelven insostenibles.

El nuevo gobierno no tiene margen: deberá aplicar medidas impopulares, ajustar el gasto público y recuperar la confianza internacional. Pero cualquier intento de reforma puede detonar protestas en los sectores más vulnerables, donde el MAS mantiene una influencia arraigada.

La efervescencia social y el riesgo de violencia

En este escenario, la efervescencia social es palpable. Transportistas, campesinos y sindicatos anuncian movilizaciones “en defensa del proceso de cambio”. Los bloqueos de carreteras se multiplican y las marchas en La Paz y Cochabamba anticipan un ciclo de presión callejera que podría escalar hacia episodios de violencia.

La pérdida del control político por parte del MAS puede llevar a sus bases más radicales a intentar “recuperar en las calles lo que perdieron en las urnas”. En un país con instituciones débiles y memoria reciente de crisis, el riesgo de enfrentamientos es alto. La estabilidad de los próximos meses dependerá de la capacidad del nuevo gobierno para dialogar, contener y ofrecer resultados concretos en poco tiempo.

Efectos regionales

Una crisis profunda en Bolivia no quedaría confinada dentro de sus fronteras. Chile, como país vecino y principal receptor de migrantes bolivianos, podría sentir el impacto directo de una descomposición prolongada.

En primer lugar, un deterioro económico y social en Bolivia podría aumentar los flujos migratorios hacia Chile, especialmente por pasos fronterizos no habilitados en las regiones de Tarapacá y Antofagasta. Ya existen antecedentes de movilidad transfronteriza que crece en tiempos de crisis, y una nueva ola migratoria podría tensionar la capacidad de respuesta chilena en materia de control, salud y empleo informal.

En segundo lugar, la expansión del narcotráfico es un riesgo tangible. La zona del Chapare —bastión histórico del MAS y núcleo productor de hoja de coca— podría transformarse nuevamente en un espacio

de mayor producción y tránsito ilícito, ante la falta de control estatal. Si la institucionalidad boliviana se debilita, grupos dedicados al tráfico de drogas podrían aprovechar la inestabilidad para expandir sus operaciones hacia la frontera con Chile, utilizando rutas ya conocidas por las fuerzas policiales del norte.

Finalmente, el aumento del robo de vehículos y su internación ilegal hacia Bolivia podría intensificarse. En contextos de crisis económica, estas redes criminales encuentran terreno fértil: vehículos sustraídos en Chile son frecuentemente ingresados al altiplano por pasos secundarios, y la falta de coordinación binacional agrava el problema.

Estos tres factores —migración, drogas y contrabando de autos— configuran un escenario de seguridad compleja que requerirá una política fronteriza más robusta, cooperación policial y monitoreo constante de inteligencia regional.

Advertencia para la región

El caso boliviano debe ser leído como una advertencia. Cuando un modelo político se agota y la transición ocurre sin consenso, los efectos no se limitan a la política interna: se proyectan sobre la región. Si la crisis económica se agudiza y la violencia social escala, el impacto en los países vecinos será inevitable.

Para Chile, especialmente en el norte, la situación de Bolivia exige atención estratégica. Las dinámicas fronterizas, la presión migratoria y las economías ilícitas pueden intensificarse rápidamente. La estabilidad boliviana, por tanto, no es solo un asunto de política exterior: es una cuestión de seguridad nacional.

Conclusión

Bolivia entra en una nueva etapa: el fin del ciclo del MAS abre la puerta al cambio, pero también al riesgo. Con una economía debilitada, una sociedad polarizada y un aparato político fracturado, el margen de maniobra del nuevo gobierno será estrecho.

Si la transición no logra estabilizar al país, la región podría enfrentarse a consecuencias directas: más migración, más tráfico ilícito y más inseguridad en las fronteras. Bolivia vuelve a ser el espejo de los desafíos que enfrentan las democracias latinoamericanas cuando el poder cambia y la crisis social se convierte en el lenguaje de la política.